

Aquellos que permanecen de pie

Jonathan Fernández

Simbólica es quizá la paupérrima condición en la que me los encontré, pero aquellos de pie, petrificados por el indecible horror de las calles noctámbulas, parecían estar soñando.

Las luces de mi auto le dieron de lleno a las doce de la madrugada, mientras vagábamos soñadores junto a mi mujer en los fríos bulevares de un otoño que más parecía invierno.

Con las hojas cayendo sobre la acera y la soledad acompañando el ruido de mis ruedas, me di cuenta más tarde que pronto que, aquellos encuentros fortuitos con los que quedaron de pie, no sería más que una pesadilla sin sueño de por medio.

El primero de ellos todavía conservaba su cuerpo flácido y débil pegado como una estatua en el suelo. Calcinado en su mirada, como si hubiera encontrado en las urbes un sustento a su propia locura.

Avancé despacio, colocándome a un lado, desafiando con una irónica carcajada hacia mi mujer, diciéndole que así quedaría si no dormía lo suficiente antes de ir a trabajar.

—Ese hombre está condenado por ser un workaholic. Eso, o bebió tanto como para no recordar su nombre.

—No digas eso. Me asusta su mirada.

Ella fue sincera, yo bastante desalmado. Es cierto, en sus ojos se veía un reflejo del infierno como nunca antes lo habíamos presenciado.

Mirándolo de reojo y con buena vista, hallé en sus harapos un ridículo símbolo pintado de rojo en el pecho, más parecido a una flecha atravesando un hexágono. Juraría que tal caprichosa formación la había visto en oscuros cuentos de locales poetas perversos con poca promoción sobre sus lúgubres trabajos.

Hallé, enfocándome en los detalles, lo que luego descubriría en ellos como un patrón: estaba en una esquina, observando la nada como si fuera su todo. Perdido en un universo invisible ante los ojos de cualquiera que no estuviera en su cuerpo y mente.

—No le hallo cordura.

Lo dije sin miramientos, tenía razón en eso. Cuando crucé delante de sus ojos y no lo vi pestañear, me estremecí intentando entender a qué iba esa desconexión de la realidad.

Solo tenía una camiseta blanca por encima de su torso y andrajosos pantalones grises que terminaban destrozados en sus tobillos. Parecía que escapó de algo, de un lugar peligroso, de esos que uno ve en las noticias, las que hablan sobre extraños cultos a dioses nuevos inventados por delirantes consumistas de psicoactivos.

Cuando la mano de mi mujer me tomó de la muñeca, aceleré por instinto.

—Vayámonos cuanto antes. Esto no es para tomárselo a la ligera.

Le di la razón, lo que alguna vez hubiera surgido en mi cabeza como una horrible broma, terminó causándome pesadillas durante la noche, cuando regresamos a casa tras el paseo.

El hombre de pie, aquel perdido en visiones desconocidas, quien hubiera repetido frases incoherentes al abrir su boca enmudecida, no hizo más que mostrarnos lo que sería un futuro sin respuesta, uno que llegaría pronto en formato de noticia.

Tras el hallazgo de este sujeto en un barrio poco concurrido, paseando como lo haría cualquier pareja para encontrar calma en la noche tras una semana ajetreada, le siguieron otros cuantos. Seis, para ser exacto.

La noticia que conmocionó a todos en las redes sociales no hizo más que levantar sospechas sobre un hecho adjudicado al consumo, más no a algo paranormal, cosa que creí evidente al ver en su mirada una pérdida de la consciencia jamás antes concebida.

—Están igual a ese hombre, se los puede ver en las fotos.

—Por primera vez no considero a los noticieros como amarillistas.

Mi frase afirmó el descontento de mi mujer tras nuestro encuentro con ese tipo. Más aún, descubriendo que, uno de los seis afectados, era un viejo conocido nuestro, un joven muchacho de muy buena familia, sin ningún tipo de relación con personas que cualquiera hubiera juzgado como “nefastas” o “indeseables”. Nuestro prejuicio nubló la verdadera causa de un hecho atroz.

—¿Será que él también cayó en esto?

—¿Qué es esto?

—La mirada, los que permanecen de pie.

—Es el título perfecto para una novela de horror, o quizá para un cuento.

—Deberías de escribir sobre ello.

—Hasta a mí me da miedo hacerlo. ¿Qué pasa si termino igual que ellos?

Su vista se fijó en mí tras escuchar el miedo que irradiaban mis palabras. Sabía muy bien que estaba espantado, ella me conocía de formas imposibles, como si fuéramos parte del mismo ser. El miedo es contagioso para las parejas fusionadas en el alma.

—¿Qué decía la noticia?

—Eso mismo que dije antes, permanecen de pie. Solo eso. Se quedan ahí, y nada más. Día y noche, con el sol golpeándoles el rostro, con el frío resquebrajando su piel, comiéndose su carne.

—Deberías ser quien escribe, me perturban tus palabras más que mis obras. Vuelvo en un rato, quiero verlo con mis propios ojos. Siento que, si no, el horror será incluso más terrible en mi imaginación.

Tomé la llave del auto y salí. Solo le di un beso de despedida, anticipando algo que parecía no llegar del todo.

Manejé hasta la misma ubicación, topándome con una realidad desagradable de camino, con señores de pie esperando colectivos en paradas invisibles, mujeres con sus hijos en brazos absorbidas por el paso del tiempo que no llegó jamás a destino. Más personas de pie, todas conmocionadas por residuos de lo invisible e ignoto. Una fuerza proveniente de algo inconcluso, partido en partes infinitas, devorados por lo que no puedo entender.

¿Será que, si empiezo a verlo, terminaré de igual manera, paralizado en el tiempo, en ese lugar de forma indefinida?

¿Qué es lo que debo de evitar ver? ¿qué formas se ocultan frente a mis ojos y bajo mis narices?

Conduje hasta su ubicación, esa misma esquina que visitamos por la noche.

Ahí estaba el tipo, podrido sobre su propia figura, con la quijada caída y la boca repleta de moscas, siendo devorado por los insectos que comenzaron a penetrar su carne y anidar bajo su piel.

Las pupilas perdidas como orbes negros, agujeros que parecían ajenos a mi presencia. Seguía vivo, eso sí, su corazón palpitaba hasta hacerle saltar el pecho, con la piel pegada a los pocos músculos de la caja torácica.

Por instinto, por horror, toqué la bocina intentando llamar su atención.

—¿Qué mierda estás mirando? —grité, bajando el vidrio, como si estuviera hablándole a un maniquí de carne y hueso.

No recibí una respuesta, o al menos, no del todo. Al pestañear pude ver, por milésimas de segundo, una extraña figura frente a mí. El espanto que me produjo me aceleró los latidos, como si fuera a quedarme aletargado en mi asiento, o hasta intentado hacerme bajar para poder percibirlo de nuevo, solo para confirmar que no estaba demente, ni mucho menos.

Descendí, colocando mi dedo índice y del medio bajo mis labios solo para sentir el cálido aliento que salía de mi cuerpo, intentando recordarme que no estaba congelado ni en el tiempo, ni por las condiciones del frío.

—¿Qué fue eso?

Me lo pregunté en voz alta, y alguien más me escuchó.

Un hombre, entre los cincuenta y sesenta, decidió responderme a la misma pregunta, dándole un significado diferente.

—Está perdido, ese muchacho ya no tiene futuro. Así quedan por las malas juntas.

Lo observé, el hombre de jeans descoloridos y cara ancha, con una boina negra resaltando sobre su cabeza, no pareció entender a qué me estaba refiriendo. Para él, la respuesta era obvia, pensando lo mismo que yo en esa noche que me creí inteligente.

—No, no lo entiende. Él está mirando algo que no podemos ver.

El tipo desvió su mirada en la misma dirección en dónde ese ser permanecía invisible, más no pudo verlo. Me contestó con algo que cualquiera diría en tal circunstancia.

—La cabeza le juega una mala pasada a cualquiera. Vaya a acostarse y no lea las noticias, la policía no hizo nada porque ya sabe las causas. Cada vez son más los que permanecen de pie, mirando a la nada. Están perdidos.

Más bien, yo diría que están cegados, o perplejos.

—Tiene razón. Gracias, va a ser mejor que no lea nada más sobre este asunto. Me está haciendo mal.

Asintió y se metió en su hogar, cerrando la puerta con llave, haciendo sonar la traba con un retumbante eco en las desoladas calles matutinas de los barrios.

Entré al auto y, con un último vistazo hacia el perturbado moribundo, me alejé. Respiré tan profundo como mis pulmones me lo permitieron y doblé hacia la derecha, enfocándome en el camino, solo en el camino.

Sin embargo, no fui capaz de centrarme en mis cosas, porque había tantos de ellos, casi uno por esquina, que siquiera pude evadir la pregunta que se me venía presentando como una constante: ¿Era real lo que vi? ¿por qué ese primero llevaba un símbolo en el pecho?

De ser así, solo podía entenderlo como una “cosa”, algo sin forma, una criatura apenas perceptible, con un cuerpo gaseoso, como una materia que permanecía entre esta realidad y otra ajena. Algo que, ni en mis peores cuentos, ni en los relatos más enfermos hechos alguna vez por cualquier otro autor, podría hallar como ciertos.

Mientras manejaba, barajé la idea de presentar esto a un concurso de internet, quizá con la esperanza de que, tal experiencia pudiera darme el premio, y mejor aún, mostrar al resto de personas semejante hecho alucinante en un lugar tan recóndito como lo era mi ciudad.

—Debo recordar cada hecho, cada palabra, cada acontecimiento... esto va para ese concurso —balbuceé doblando las calles de vuelta a casa, anotando en mi cabeza la tira de hechos para así traspasarlos a mis hojas digitales y presentarlo bajo los ojos de un jurado exigente.

—Solo una historia real, tan fuerte como esta, tan impactante, podría tener oportunidad...

Sí, pero para ello, tenía que indagar más. No podía quedarme con el interrogante del qué, ni del porqué. Tampoco se me permitiría traspasar el umbral de lo que sucedió hacia la imaginación, porque si tan solo me dejaba llevar por mis terrores, esto no terminaría bien.

Tenía que distraerme, llevar mis ideas fuera del hecho, tratar de encontrar un refugio en los concursos literarios para no caer en la clara idea de la locura. Darle una respuesta a mi interés usando la ambición.

Solo que,irme por las ramas, viajar más allá de una razón particular, terminaría en mi ruina. No solo a nivel literario, si no también psicológico.

Una figura cruzó delante de mí a altas velocidades, solo pude frenar en seco y quedar delante de ella. Como un espanto, un ser venido de las tinieblas, algo con una forma casi invisible. Una cosa puramente humana.

Estuve delante de él, nos vimos a los ojos. Su etéreo cuerpo negro presente como una sombra de ojos blancos, más parecidos a luminosas esferas, me miraron atentos, pidiéndome auxilio.

Enrollado por una extremidad de aire blanco, la cosa se esfumó siendo atrapada por aquello invisible a mis ojos.

—¡Existen! ¡son ellos! —interpreté anonadado, entendiendo el misterio delante de mí. No tenía que exagerar nada para crear esa historia y buscar el ambiente perfecto en ella. Todo se anticipó a mis dedos, sirviendo con una tinta propia e inmoral. Aquello que arrastra a los que permanecen de pie, a sus almas, dejándolos vacíos, es incluso invisible para quienes dejan su cuerpo en este plano.

Una criatura que, sin problemas, podría dotársele de características omniscientes. Sabía cómo ir y venir, como atraparnos sin tocarnos, como dejarnos vacíos con solo una muestra de su poder.

Aceleré, me dejé llevar por la velocidad escapando de algo que cada vez tomaba una forma física más presente en nuestro plano, me hallé a mí como un héroe escurriéndome del Apocalipsis inminente, presentándome como la alternativa al desastre, pero nada estuvo más lejos.

Una vez regresé a mi hogar y abrí la puerta, torciendo la llave como un maniático, encontré de pie a mi mujer, observando a través del cristal lo que inmediatamente concebí como el horror.

—Amor, tenemos que irnos...

Toqué su hombro y lo sentí tan frío, lejano a los abrazos que ella supo darme en vida. Todo interés en publicar lo que hubiera sido una horrorosa historia anecdótica sobre un macabro hecho histórico terminó por volverse una pesadilla.

—Eso que ves no existe, por favor, vámonos...

No me respondió, lo sentí en el vaho helado que salía entre la comisura de sus labios. Sus pupilas dilatadas y la respiración inexistente, eran prueba de que estaba atada a la influencia de esa criatura.

Lo miré a través de la ventana, vi ese mismo símbolo que en el primer sujeto, con extremidades más humanas que imaginarias, con negras manos que se apoyaban en el cristal y dejaban sus marcas carmesíes, intentando llevarse mi razón de amar.

Me quedé delante de ella, sin pensar, observando algo que no terminaba por cazarme como a sus presas. Algo que no me quería, que no me elegía como tal. ¿Qué era, de dónde venía y por qué se llevaba a ciertas personas?

El vidrio que nos separaba se quebró en pedazos y mi cuerpo, junto al de mi mujer, fue envuelto por una decena de manos oscuras a los que la luz nunca podría penetrar.

No sentí frío ni calor, no hubo siquiera sorpresa, no podía entender el pesar en tales emociones encerradas en otra realidad. Vi la negra figura femenina de su alma aferrándose a un cuerpo físico que no existía, corriendo desamparada por la casa, ocultándose en gritos desahogados detrás de muebles y habitaciones mientras era perseguida por la criatura invisible.

Arrastrada por sus piernas y alejada de mí, intentando tomar su mano intangible, la vi alejarse de una vez por todas.

Fue separada de su hogar, de su cuerpo y de su existencia.

Así de rápido como vino, así como cayó la criatura que se llevó la mitad del todo, se fue. Corrí calles abajo, intentando perseguir en vano las almas arrastradas por la oscura e invisible cuerda del olvido. Me negué a regresar a casa sin ella, corriendo durante unos pocos kilómetros hasta que mi cuerpo sucumbió en el suelo.

Quedé frente a los viejos pilares de piedra que separaban la ciudad del río. Me di cuenta como el mismo se los llevó a todos. Una a una, las manos entraron hasta el fondo, el vacío, y dejaron marcas en quienes estuvimos ahí, pues ingrata fue mi sorpresa al darme cuenta de que no era el único. Éramos tantos los que nos mantuvimos firmes, atrapados frente a la oscuridad. Vimos su rostro, nos quedamos delante de lo invisible y no fuimos capaces de entenderlo más que como espectadores móviles.

Fui de los últimos en abandonar el lugar, separándome por última vez del amor al que no pude auxiliar, evocándome en encontrar una historia perfecta sin saber que, junto a mí, había algo mucho más importante.

Cuando regresé a casa, caminando a paso lento, abrí la puerta y me hallé en solitario, con nuestro retrato acompañado de secas flores y un eco apagado de risas que, antaño, habían paseado por cada habitación.

Los comentarios de ajenos sobre tal situación me fueron indiferentes, las palabras de personas que no eran capaces de entenderlo, no servían en circunstancias como esta.

Aquellos que permanecen de pie, mirando a la nada, perdidos en sus propios horrores y desgracias, desaparecieron delante nuestro apenas dejando ser vistos por segundos, sin entender cómo su caparazón se pudría sin poder darles una mano.

Ellos son la respuesta a lo que nosotros barajamos como opciones acusatorias sin llegar a respuestas claras.

Ni ese primer sujeto, ni la madre con sus hijos, ni el chico de buena familia, habían llegado a ver la oscuridad por razones similares a los comentarios de bocas podridas.

Lo sé muy bien porque, el amor de mi vida, quien hacía ya un año apenas cumplido había abandonado su cuerpo físico, no tenía vicios ni maldades. Su

corazón, como su cabeza, estaban tan limpios y felices, solo corrompidos por lo que, a mis ojos, era invisible.

¿Qué fue esa secuencia? ¿en qué momento olvidé que ella dejó de existir?
¿cuánto tiempo tardamos en recordar una fría realidad como esta?

Ni yo, ni los que acudimos al río hace instantes, pudimos dar una explicación al fenómeno.

Solo nos despedimos en el mismo lugar que aquellos, absorbidos por sus propias sombras, decidieron nombrar como su última gran visita.